MANUEL MOLINA

ANTONIO MACHADO, CÉSAR VALLEJO Y MIGUEL HERNÁNDEZ

De todos es sabido, y su primer libro, *Soledades,* lo demuestra, que el sevillano cantor del Duero tuvo sus tentaciones modernistas y empleó algunas de las imágenes puestas en circulación por Rubén Darío a principios de nuestro siglo.

Más tarde, de vuelta de sus estudios parisinos, de regreso de las novedades puestas en circulación por el centro de la cultura universal, don Antonio fue al encuentro de sí mismo, y como consecuencia, al hallazgo de su morada vital. Desde entonces, «Palabra en el tiempo» fue la poesía para él, y arte y cultura el heraldo de una época; tiempo determinado que no se podía expresar intelectualmente. Muy bien dejó dicho que las ideas eran incapaces de cantar, y añadimos nosotros, que tampoco pintan ni dibujan ni sueñan. Las ideas clarifican la intuición creadora y ordenan el ritmo y equilibran el fluir apasionado de la intimidad del artista. Machado fue tomando conciencia de esta realidad a través del existencialismo filosófico que estudiaba años después, y de su propia vida en Soria, cuando su amor —amor adolescente de un ser que maduraba— huía lentamente hacia un páramo infinito.

Machado entonces empezó a navegar por los oscuros ríos de la melancolía y, provinciano ausente, por Baeza, por Segovia o por Madrid, con antifaz, o a cuerpo descubierto —pero siempre desnudo y olvidado— dejó que el calendario marcara el surco de sus días, la impresión momentánea, o el fruto de sus pausadas meditaciones. Así, de espaldas al envolvente movimiento intelectual de la «ismología» de principios del segundo cuarto de nuestro siglo, el poeta misterioso, callado profesor de lenguas vivas, admirador de Berceo y de Manrique, fue plasmando su obra inmortal.

Cuando nació César Vallejo a la poesía, el modernismo en Hispanoamérica andaba dando los últimos coletazos en el clarín de Santos Chocano, el bardo de la borrachera verbal. Las hembras líricas galopaban el hemisferio austral de la belleza y una tonada —entre bíblica y pagana— impregnaba las selvas vírgenes de las tierras del nuevo mundo.

El «cholo César» era una mezcla de razas y religiones, un mestizo de cura seglar, de inca y de mercenario del Puerto de Santa María.

César Vallejo no dejó de ser nunca un niño, ni en la escuela del pueblo ni cuando daba clases en Lima, ni cuando estuvo en la cárcel, ni en París, ni en España, ni después —cuando volvió a París a morirse, como había dicho él, en un «día del que tengo ya el recuerdo»—. A Vallejo no le interesó nunca la música de metal ni tampoco la de la cuerda floja, ni la melodía con estrambote, ni el compás del tres por cuatro, tan sobado y sabido.

Lo suyo era otro cantar: lo llevaba con él desde su eterna infancia, le nació en sus entrecarnes íntimas y sensibles. Un algo de surrealismo sí que tuvieron sus *Heraldos negros,* pero pasado por su cedazo personal, como le ocurre más tarde con *Trilce.* Y es que el niño Vallejo, mártir materno de Perú, aún sueña la nana patriarcal cuando tiene que escapar para Europa, a uñas de un caballo triste de la mar, cansino y viejo.

Como si fuera posible dimitir del cargo de poeta —imperativo divino—, nuestro César lo intenta en París, y hace periodismo y hace hambre, y hace escapadas a otras naciones, y hace política, y el amor. Pero niño que es, le crece más aprisa que su ser. Y a esto da la hora crítica de España. Y ahora le brotan los versos del forro de los pantalones, se le juntan con las migajas del pan, en el papel mojado de café con leche, en el programa de mano que vuela en torno a la ventana de su zapato, como otras hojas del castaño otoñal. Y ahora, y en la hora ésta, están naciendo los *Poemas humanos,* esa obra sencilla y natural que ha estremecido al mundo entero y ha glorificado al pordiosero de la poesía universal.

• • • • •

No hay noticias del posible encuentro entre Machado y Miguel Hernández en Valencia, en el Congreso de Escritores que se celebró allí durante la guerra civil, donde estuvo también César Vallejo. No he encontrado documento de Miguel donde se haga referencia al maestro andaluz ni al «cholo» peruano. No hay huellas machadianas en los poemas del oriolano, ni de antes de la guerra, ni en su obra de guerra donde militaron en el mismo campo.

La diversidad de las aulas de aprendizaje de estos poetas son bien claras: Machado, que vive en un mundo burgués, con el libro siempre al alcance de su mano, en un ambiente propicio para el desarrollo de su inteligencia y su conocimiento de las ciencias humanísticas; Vallejo en un plano inferior, pero también ilustrado, estudiante desde temprana edad, bachiller y maestro de primeras letras, sin excesivas dificultades económicas. Y nuestro Miguel Hernández que no pasó de la primera enseñanza, y empezó a ganarse la vida a los doce años, en el campo, en la montaña, con el sol o la lluvia, con la brisa o el viento, con sus cabras y cabritos como compañeros inseparables, diarios, cotidianos de la soledad sin remedio, teniendo a la naturaleza enfrente, como único libro abierto a su meditación, a su hambre de saber.

Por el camino de la cátedra llegó Antonio Machado al pueblo, por el camino del cantar popular, enraizado en la vocación paterna, comprendió que ésta era su única cantera, su única fuente fidedigna. Por vía social, de cultura política, llegó, entrañablemente, César Vallejo. Conciencia de todo un continente donde el capitalismo —colonialismo— moderno hacía estragos sometiendo a sus paisanos de todas las repúblicas latinas al yugo norteño, a la rapiña yanqui, a la voracidad viciosa de la potencia vecina.

En Miguel Hernández todo fue más sencillo. Sintió la necesidad desde el más tierno brote de su conocimiento inicial; el hambre y la miseria fueron sus guardianes permanentes, los rompeolas de todas sus ilusiones. Su inquietud y su rebeldía, su deseo de un mundo mejor, tenían inmensas heridas en su sangre. Ésta es la razón de sus encuentros con Machado y César Vallejo.

[*Amistad con Miguel Hernández*, Alicante, Col. Silbo, 1971]